

LA EDUCACIÓN FAMILIAR Y SU INFLUENCIA EN EL DESARROLLO

M. JOSÉ CRIADO

La familia no es sólo el medio afectivo y tranquilizador para el desarrollo psíquico del niño, es además un medio sociocultural en el que se producen una serie de acciones y reacciones. El niño en contacto con la familia descubre al otro, al grupo, la coacción, las prohibiciones, las limitaciones de su expresividad, la rivalidad, la solidaridad, a la vez que el sistema de valores de la clase social a la que pertenece.

El mecanismo de esta adaptación resulta siempre según Werry de una dosificación de fuerzas opuestas: por una parte el impulso vitalista y centrífugo del yo en expansión, que tiende a rechazar todo obstáculo; por otra parte la fuerza coaccionante del grupo familiar que se resiste a esta expansión. Del equilibrio de ambas fuerzas resulta la base definitiva del comportamiento del niño. Esta situación ambivalente supone una adaptación recíproca a unas exigencias contradictorias. El niño debe adaptarse a su medio y su medio ha de modificarse en función de su presencia. Este juego de fuerzas supone exigir más al niño según va madurando, pero a la vez estar receptivo a las necesidades de éste en cada momento, pues el medio no es algo fijo e inmutable, sino algo subordinado al niño. Quizá resulte conveniente para su comprensión detenernos en momentos concretos. Un ejemplo claro ocurre alrededor de los 2,5 años de edad, con la crisis de la oposi-



REFERENCIA BIBLIOGRAFICA:

CRIADO, M. (1994). La educación familiar y su influencia en el desarrollo. Revista In-fancia educar de 0 a 6 años, 28, 31-34.

ción. El niño debido a la creciente capacidad de deambulación y manipulación adquiere la conciencia del yo. Esto significa que gracias a sus progresos tiene la idea de lo que puede hacer.

Este sentimiento de poder lleva al niño a un deseo de independencia para actuar libremente sin tener en cuenta la coacción de los adultos. Existen una serie de conductas que nos expresan el deseo de independencia y autoafirmación como son las “reacciones de prestancia”. El niño trata de hacerse valer, de acaparar la atención, especialmente en presencia de personas extrañas, lo expresa con gestos, con mímica, en definitiva le gusta ofrecerse como espectáculo. También es verdad que una simple observación basta para ruborizarlo. Otro ejemplo es el uso del pronombre *yo*, lo hace de forma imperiosa que marca su voluntad de imponerse. De igual forma utiliza la palabra *mío* que indica el nacimiento de la noción de propiedad. Otro signo de autoafirmación son las reacciones de defensa. El niño en cada agresión pasa al contraataque. El niño se muestra indócil y terco.

Las reacciones del niño que hemos descrito son la fuerza de expansión, siendo el complemento las reacciones de la familia “al cortar los vuelos” y replegar los impulsos del niño. Mientras era un bebé indefenso los padres lo tratan con indulgencia. A medida que el niño crece, los padres comienzan a sentir la presión social y la responsabilidad de preparar al niño de acuerdo con la cultura y la sociedad en que viven. Y es precisamente a partir de los dos años cuando se considera el momento oportuno para actuar, pues se espera que el niño aprenda a controlar esfínteres, a comportarse en la mesa, a realizar alguna cosa por sí mismo, esperan que demuestre mayor tolerancia a la frustración, etc. ¿Qué le ocurre al niño ante esta situación? El niño se resiste a perder los privilegios que tenía y ante los obstáculos de la familia reacciona de forma agresiva; entonces, ¿cuál es la solución a este conflicto? Pueden darse varias soluciones, pero unas ayudarán al niño más que otras.

- 1.- Cedemos a las pretensiones del niño sin poner límites a sus deseos.
- 2.- Ponemos en práctica una actitud excesivamente autoritaria, cortando todas las iniciativas del niño.
- 3.- Encauzamos sus deseos, aceptando unos e imponiendo otros, o lo que es lo mismo le imponemos una disciplina.

Esta tercera solución psicológicamente es la más adecuada. De esa manera se ha producido el equilibrio del que hablábamos más arriba, el niño ha cedido en parte y nosotros nos hemos acercado a sus necesidades para no decirle a todo que no. El resultado será una buena adaptación para el niño.

Esta actuación se repetirá en todas las situaciones: el niño nos exigirá y nosotros tenemos que encontrar el equilibrio entre dejarle cada vez más libertad, pero no

toda la que él quiere. Si abusamos y decimos a todo no, caeremos en el autoritarismo y si decimos a todo sí en el “dejar hacer”. Este juego de fuerzas supone exigir más al niño según va madurando, pero a la vez estar receptivos nosotros a las necesidades del niño en cada momento, pues el medio, como más arriba hemos dicho, también debe modificarse. Vamos a detenernos un poco más en las consecuencias que se desprenden de actuar de una manera o de otra. Si nos encontramos con unos padres autoritarios que recurren a continuar prohibiciones, provocarán vergüenza en el niño cuando éste se equivoque, se reforzará en éste la falta de autonomía, pues se le impide actuar según un principio interior, impulsándole a obrar por temor a una sanción exterior. A la vez el niño adquiere el sentimiento de su propio valor y la desconfianza de sí mismo, privándole de la oportunidad de aprender por sí mismo. Y lo mismo le ocurrirá cuando vaya al colegio, se encontrará incapaz de competir con los demás en situaciones de igualdad, pues al ser en exceso dependiente fracasará en todo lo que se requiera iniciativa e independencia. El resultado será que o bien se retire a su casa para evitar nuevas frustraciones o que por el contrario se convierta en un niño agresivo y provocativo.

En el caso en el que el niño sea educado en la familia con indulgencia excesiva, se convertirá en el niño mimado, en el tirano de la familia. Acostumbrado a salirse siempre con la suya, fuera del hogar, con los compañeros o con los profesores al no saber ceder y los otros no estar dispuestos a hacerle concesiones tiene una convivencia difícil, ya que el hacer siempre lo que quiere, que es lo que ha aprendido en casa, le resulta poco adaptativo fuera de ella.

Sólo en el tercer caso, cuando se da una regulación de fuerzas, entre el yo y el medio, con una actitud que podía muy bien resumirse en dos palabras: firmeza y tolerancia, entonces es cuando el niño alcanza una seguridad y una autonomía. Sabe lo que tiene que hacer y lo intenta, sabiendo que si las cosas no salen bien, no pasa nada, está la comprensión de los padres. Lo importante ha sido intentarlo. El error en este caso no es paralizante, porque no ve al “otro” con los ojos abiertos para criticarle, sino que está para apoyarle y animarle a un nuevo intento. El niño será firme y tolerante consigo mismo si han sido sus padres firmes y tolerantes con él.

Existen varios trabajos de investigación en el sentido que estamos tratando que muestran qué conductas de los padres resultan ser más adaptativas tanto para la personalidad como para la socialización del niño. Aunque hay varios en la misma dirección, vamos a centrarnos en el comentario de un par de ellos. Baldwin (1945) analizó distintos patrones de conducta teniendo en cuenta la dimensión aceptación/rechazo. El afecto supone conductas que reflejan apoyo emocional, aceptación, comprensión e interés por el niño. La hostilidad supone conductas en dirección opuesta. Otra dimensión estudiada ha sido democracia/control. Baldwin define el estilo democrático de acuerdo con las siguientes características: elevado

nivel de interacción verbal entre padres e hijos, consideración del punto de vista de éstos últimos a la hora de tomar decisiones, evitación de decisiones arbitrarias, explicación de las razones por las que se han establecido las normas, proporcionar respuestas que satisfagan la necesidad del niño. El control por el contrario se caracteriza por la frecuente utilización de restricciones tajantes de conducta, así como por la ausencia de conductas democráticas recién mencionadas. Baldwin añade una tercera característica: la indulgencia/sobreprotección. Indulgencia tiene que ver con no poner límites, ni normas, haciendo el niño lo que le place en cada momento. Sobreprotección alude a hacer algo en lugar del otro para evitarle posibles riesgos o frustraciones. El niño no llega a ser autónomo porque no se ejercita, le falta experiencia.

La combinación de características que resultó ser más adaptativa para el niño fue la siguiente: estilo afectivo-democrático-no indulgente, que resulta ser precisamente la mejor combinación para que el niño consiga un autoconcepto positivo.

Cuando decimos que este estilo es el que resulta más adaptativo para el niño, queremos decir que se han estudiado las repercusiones, la influencia que tiene en la personalidad de los niños. Así Baldwin en un estudio realizado con niños comprendidos entre 3 y 5 años, encontró que, con padres democráticos que solían dar también bastante afecto y apoyo emocional a sus hijos, éstos se distinguían por: ser extrovertidos, tanto en situaciones favorables como hostiles; participar activamente en la escuela, tener una posición superior en su grupo y mostrar curiosidad y originalidad. Los niños muy controlados en sus casas eran pasivos y conformistas. La indulgencia pareció fomentar características muy similares al exceso de control: pasividad, falta de originalidad, y tendencia a ocupar una posición inferior en el grupo de compañeros.

Un estudio posterior de Baumrind (1967) llega a conclusiones parecidas. Esta investigación está realizada con niños de guardería y tiene como objetivo conocer las pautas de conducta familiares y su repercusión en la personalidad del niño. Para ello se dividió a los niños en tres tipos de estructura personal según su conducta. Los niños de estructura I eran los más competentes, contentos e independientes. Al ser más realistas y más confiados en sí mismos, se podían controlar bien. También mostraban conductas exploratorias. Los niños de la estructura II eran medianamente confiados y capaces de controlarse a sí mismos, en cierto modo descontentos, inseguros, temerosos, más propensos que los de estructura I a volverse hostiles o regresivos en situaciones de tensión. Los niños de estructura III se manifestaban como los más inmaduros y dependientes de todos, con menos capacidad de control y menos confianza en sí mismos.

Seguidamente se correlacionó la estructura de personalidad con los métodos de crianza en la familia y se encontró que las madres del grupo I ejercían un control firme, exigencias de ciertos niveles de madurez, buena comunicación con los





hijos y buen cuidado de los mismos. Las madres del grupo II eran menos cuidadoras y atentas con sus hijos en comparación con otros grupos. Las madres del grupo III eran afectuosas y atentas, pero ejercían poco control y pocas demandas de madurez sobre sus hijos.

La síntesis de esta investigación nos demuestra que en el marco del hogar, si se prestan atenciones y cuidados a los niños de esta edad, se ejerce control y se exigen ciertos niveles de madurez a los niños, se fomenta en ellos la madurez y la competencia. Por el contrario estas características no se consiguen si se utiliza una disciplina autoritaria, severidad en los castigos, abundantes restricciones o la protección excesiva.

De todo lo que acabamos de decir se desprende que en la familia pueden darse estilos de educación muy diferentes con consecuencias también muy distintas, quedando probado cuáles son las dimensiones de conducta de los padres que resultan más positivas para el desarrollo equilibrado de sus hijos.

Nos gustaría hacer una última consideración mencionando que hay investigaciones que correlacionan dos elementos: conductas paternas y motivación del logro. Los autores de estos estudios señalan que esta característica se desarrolla en la edad preescolar y muy en relación con la educación familiar. Las conductas paternas que parecen favorecedoras de la motivación del logro son: el apoyo emocional (incluso cuando el niño fracasa), la estimulación de la independencia, el refuerzo del éxito y la realización de tareas con el niño.

MJ.C.

Bibliografía citada

- BALDWIN, A.L. y otros (1945): "Patterns of parent behavior", Psychol. Monogr. 58.
BAUMRIND, D. (1967): "Child care practice anteceding three patterns of preschool behavior", Genet. Psychol. Monogr. 75.